

# CERVANTES Y LA CRÍTICA ARGENTINA

POR

EMILIO CARILLA

## a) LA CRÍTICA ARGENTINA

**E**L punto de partida en nuestra producción crítica sobre Cervantes fué poco feliz. Al hablar de producción crítica me refiero a aquellos estudios que por su extensión y ambiciones pretenden hacerse oír en la imponente bibliografía dedicada al escritor español. Repito ahora: poco feliz, porque ese punto de partida es la obra que escribió Adolfo Saldías y tituló CERVANTES Y EL «QUIJOTE» (Buenos Aires, 1893). Adolfo Saldías es más conocido por su labor historiográfica que por sus trabajos de crítica literaria. De tal manera, su CERVANTES Y EL «QUIJOTE» constituye, en apariencias, un estudio no muy común en él. Y digo en apariencias, porque al penetrar en el libro vemos que el aspecto histórico, o, mejor, la historia política, desempeñan importante papel en la tesis que Saldías defiende. Para Saldías (que arranca de los conceptos entonces comunes), Cervantes se propuso algo más que combatir los libros de caballerías; su fin habría sido eminentemente político: combatir el absolutismo. La prédica cervantina triunfa por último—según Saldías—en América, tierra que alcanzó a realizar lo que en forma encubierta propugnaba el autor del QUIJOTE (1). Un más claro desarrollo y, al mismo tiempo, apretado resumen de su tesis, presentó Saldías con motivo del tercer centenario de la publicación de la novela (2). Carlos V y Felipe II,

representantes del absolutismo, destruyeron—dice—las «libertades populares», cuya mejor encarnación ve en los comuneros. (Saldías tiene, es claro, ideas «muy siglo XIX» respecto a los comuneros.) Cervantes se habría inspirado en el sacrificio de aquellos hombres por defender la libertad oprimida, y para exaltar tal idea en forma oculta nada mejor que una obra novelesca. Crea así a Don Quijote, símbolo de la «aristocracia conservadora de sus privilegios», y a Sancho, de «la democracia pura fiada en su derecho». Cervantes se propone fundir armónicamente esos dos principios, tendencias que dan el eje a la novela, realzadas por el ingenio cervantino. «Tal es —afirma Saldías—la idea fundamental que brilla en el QUIJOTE y que su autor preconiza para su pueblo y para su raza» (3).

La tesis de Adolfo Saldías (una más entre las numerosísimas que deparó el QUIJOTE) es, desde todo punto de vista, indefendible. Revela un desconocimiento elemental del carácter de Cervantes y de su época. Documentos y pasajes literarios muestran a Cervantes respetuoso de la monarquía española y celoso defensor de la organización social contemporánea, de sus elementos tradicionales. Combate las injusticias y los abusos sin que por eso se debilite el perfil señalado.

Habla Saldías de «tesis progresista y liberal», de «expresión más alta de la política positiva», etc. Conceptos que admitimos en el pensamiento político del siglo XIX, pero que Cervantes estaba lejos de sustentar, aun en forma encubierta. Saldías atribuye al autor del QUIJOTE ideas políticas mucho más próximas a nuestro tiempo que al de aquellos acezantes reinados de los Austrias. Y Cervantes no era, ciertamente, un «revolucionario» ni un libre-pensador; sí un poeta, un gran poeta (4).

Por fortuna, la crítica argentina levantó su puntería en tres destacados cervantistas argentinos: Paul Groussac, Ricardo Rojas y Arturo Marasso. El examen servirá para tratar de medir sus reales aportes, aunque antes de referirme a ellos quiero mencionar, siquiera brevemente, la contribución de Luis R. Fors y de Ricardo Monner Sans.

La primera edición que se hizo en la Argentina del QUIJOTE es la platense de 1904, y esa edición no puede citarse sin recordar a Luis Ricardo Fors, uno de nuestros cervantistas más entusiastas. Nada extraordinario, hay que reconocerlo, pero que merece figurar aquí porque en Cervantes centró la mayor parte de su actividad literaria: la edición nombrada va precedida de una biografía de Cervantes escrita por Fors, y a este trabajo debemos agregar cró-

nicas, artículos, catálogos... Ni aun falta en su ofrenda el estudio que se propone desentrañar al autor del falso QUIJOTE (5): Fors—siguiendo a Díaz de Benjumea—cree que es el dominico Fray Andrés Pérez (que algunos eruditos defienden también como autor de LA PÍCARA JUSTINA). Su intento mejor logrado es la VIDA DE CERVANTES, que figura como prólogo en el QUIJOTE platense. Buen estudio para su tiempo (más alejado de nosotros de lo que el número de años parece indicar) y labor rara hasta entonces en el Río de la Plata. Aprovecha con mesura los materiales bibliográficos a su alcance y es, en general, estudio aceptable. Por lo menos, no exagera las tintas ni las miserias, ni defiende una tesis—como Groussac—a través de la biografía cervantina. Se conforma con narrarla tratando de apoyarse en datos fidedignos y deducciones discretas. Exagera, sí, la posible actividad literaria durante el cautiverio de Argel y hasta llega a pensar que el QUIJOTE pudo comenzarse en esa época. Hay que aclarar que estas noticias tenían entonces, en los albores de nuestro siglo, más de un celoso defensor.

En resumen: dentro de los límites de la biografía y sin aportar nuevos documentos (no era aquí donde podía hacerlo) ni inferencias notables, Luis Ricardo Fors es un meritorio obrero en la crítica argentina acerca de Cervantes.

Así como la tarea de Luis R. Fors se intensifica con motivo de las celebraciones del tercer centenario del QUIJOTE (Fors defendía el año 1604), la de Ricardo Monner Sans—español tan identificado con la cultura argentina—se marca alrededor de 1616, otro centenario cervantino. Ese año, Ricardo Monner Sans publicó en Buenos Aires un ENSAYO DE ANTOLOGÍA CERVANTINA, con un «proemio galeato». Desgraciadamente, el contenido no responde al título de «antología» a pesar de la selección que supone la labor de Monner Sans. Por otra parte, Cervantes no tiene la culpa de que se le hayan dedicado tan malos versos: muy pocas excepciones podrían apuntarse. Creo que la mejor manera de cumplir con estos intentos es la realizada por Gerardo Diego (ANTOLOGÍA POÉTICA EN HONOR DE GÓNGORA, Madrid, 1927), o bien la que después hizo Guillermo Díaz-Plaja en su homenaje a Garcilaso.

Ricardo Monner Sans dejó obra fecunda entre nosotros, aunque no es el estudio de Cervantes lo que distingue su producción literaria (y otra vez asoma aquí, comparativamente, el nombre de Groussac). Monner Sans difundió y comentó en la Argentina a los escritores clásicos de España, y entre ellos, es obvio, a Cervantes (6). Tanto lo admiró que «quiso ser enterrado vistiendo el há-

bito que vistió Cervantes en el ataúd» (7). El testimonio es insospechable y nos da la medida del tributo, religioso y literario a la vez, como fusión de dos valores esenciales en la personalidad de Ricardo Monner Sans.

b) PAUL GROUSSAC

No insistiré en la elemental explicación dirigida a mostrar que Paul Groussac, nombre señero en nuestra historia cultural, pertenece a ella. En nuestro medio realizó su obra, que entronca preferentemente con problemas argentinos, y—orgullosa suficiencia y vapuleos aparte—el reconocimiento nacional ha correspondido a sus afanes.

A Groussac pertenecen, en una vasta producción, dos estudios cervantinos. Es el primero el titulado *Un énigme littéraire. Le «Don Quichotte» d'Avellaneda* (junto con otros trabajos, ed. de París, 1903); el segundo, sus conferencias de 1919 en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, 1924). Conviene agregar que el interés de Paul Groussac por Cervantes venía de muy atrás. El QUIJOTE era uno de sus libros predilectos y desde temprano sumó a sus lecturas las de otras obras cervantinas. Singular testimonio es el lejano ENSAYO HISTÓRICO SOBRE EL TUCUMÁN (fechado en Tucumán, 1882), obra poco propicia, ciertamente, para la cita o la evocación cervantino. Y, sin embargo, vemos varias alusiones (8) (y también menos severidad que en estudios posteriores).

La labor de Paul Groussac acerca de Cervantes se asocia comúnmente a la rivalidad que *Un énigme littéraire* determinó entre Paul Groussac y Menéndez y Pelayo. Allí se refiere Groussac no sólo al QUIJOTE apócrifo, sino también al QUIJOTE auténtico: definiendo la idea de una «novela ejemplar» primitiva, ampliada con posterioridad, y el concepto de una primera parte sin fin determinado («...il va presque au hasard, incertain du but, plus indécis encore sur les moyens de l'atteindre») (9); además se detiene en Cervantes «ingenio lego», genio instintivo; aspectos, algunos de ellos, que después retoma en las conferencias de 1919.

Entrando en el QUIJOTE de Avellaneda, señala Groussac que su autor «encanalló» el asunto. No le asigna otro valor que el de ser una imitación del QUIJOTE y el de haber sido escrito por un desconocido. El mayor empeño de Groussac se dirige a tratar de individualizar al autor del falso QUIJOTE, empeño que ya contaba entonces con nutrida bibliografía. Después de pasar revista a las hi-

pótesis enunciadas (entre ellas, la de Menéndez y Pelayo), propone la suya: el autor del QUIJOTE apócrifo es posiblemente el mismo autor del GUZMÁN DE ALFARACHE apócrifo, vale decir, Juan Martí, valenciano que se acepta con el seudónimo de Mateo Luján de Sayavedra) como padre del falso GUZMÁN.

Menéndez y Pelayo recogió alusiones y ataques. Contestó a Groussac en *Una nueva conjetura sobre el autor del «Quijote» de Avellaneda* y, sobre todo, en la *Posdata* a ese estudio (10). El crítico español comienza negando afinidades entre la obra de Juan Martí y la obra de Avellaneda, base de las conjeturas de Groussac. «Pocos libros—dice—habrá tan diversos de estilo e intención como el falso GUZMÁN y el QUIJOTE apócrifo» (11). Pero el argumento de más fuerza para destruir las razones de Groussac se lo dan a Menéndez y Pelayo algunos documentos que prueban la muerte de Juan Martí a fines de 1604. De ahí sus conclusiones: «1.<sup>a</sup> Que no fué Martí quien con el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda escribió la segunda parte del QUIJOTE. 2.<sup>a</sup> Que ni siquiera pudo leer impresa la primera parte de aquella obra, publicada en el año siguiente a su muerte (12).

Claro que nosotros podríamos agregar que el QUIJOTE cervantino (y las palabras despectivas de Lope lo demuestran) fué conocido—¿manuscrito?—en 1604, posiblemente cuando el autor gestionaba su impresión; quizá antes... Pero de todos modos, mientras no se destruyan los fundamentos que inclinan hacia Juan Martí la paternidad del falso GUZMÁN, resulta inverosímil la atribución de Groussac: el QUIJOTE apócrifo apareció en 1614, cuando la primera parte, o, mejor dicho, el QUIJOTE de 1605 gozaba de gran popularidad y cuando Cervantes llevaba bien adelantada su continuación. Por otra parte, no creo—como algunos afirman—que Cervantes fuera por el capítulo LIX al conocerse el QUIJOTE de Avellaneda y que decidió entonces «contestar» allí a su inesperado contrincante. Eso es disminuir la capacidad artística de Cervantes, como la disminuyen también los que creen notar rasgos de un primitivo QUIJOTE «novela ejemplar».

Las páginas de Menéndez y Pelayo exasperaron a Groussac: aumentó su acritud, y aun en 1919 prometía una réplica detallada, que no llegó a publicar (13).

De las conferencias de 1919, la primera lleva el subtítulo de *Preparación de la obra por la vida*. Aplica en ella razones del método crítico de Sainte-Beuve (apoyándose con preferencia en documentos publicados por Pérez Pastor y en datos de Fitzmaurice

Kelly). De aquí infiere, y a veces exagera, las penurias económicas y familiares de Cervantes: sirvan de ejemplo sus referencias a Andrea Cervantes, la «fuga de Cervantes a Italia», el episodio de don Gaspar de Ezpeleta. En fin, a pesar de sus alardes, no agrega ninguna noticia de valor a la biografía cervantina fuera de su intento de extremar las miserias en la vida del escritor. Sin elementos firmes donde apoyar conclusiones, siempre resulta poco airosa su reiteración en señalar la estrechez moral de Cervantes (intento de Groussac ya recriminado por Menéndez y Pelayo). Los datos conocidos no refuerzan—aparte de una existencia trabajosa, con falta de dinero—afirmaciones de ese tipo.

La segunda conferencia se titula *Génesis, realización y evolución mundial del «Quijote»*. Destaca la distancia entre el QUIJOTE y las otras obras del autor, y extrema su vapuleo con las comedias, «cuya indigencia—dice—resalta cruelmente por entre el asombroso florecimiento del teatro español contemporáneo» (14). Sólo las NOVELAS EJEMPLARES—y no todas—se salvan de este juicio harto duro.

Groussac repite aquí una serie de noticias y asertos que hoy rechaza la crítica más seria: habla de Cervantes «ingenio lego», de la elaboración del QUIJOTE en una cárcel, de la coincidencia de Cervantes y Mateo Alemán en la prisión y de la posible amistad entre ellos. Con respecto a la obra en sí, repite su anterior hipótesis del núcleo inicial del QUIJOTE, novela ejemplar después ampliada. También—y en esto encuentra abundante compañía—no deja de señalar la lengua «floja y desaliñada» como típica de muchos capítulos del QUIJOTE.

En síntesis: a pesar de que Groussac afirma que «no habría punto de vista más erróneo que el de juzgar las cosas y las personas de aquel tiempo con nuestras ideas modernas» (15), eso es lo que en realidad hace con frecuencia el autor de *Un énigme littéraire*. El rigor de Groussac se exaspera más de una vez y da rienda suelta a una intemperancia que sus conclusiones no justifican.

¿Qué queda de los estudios cervantinos de Groussac?

Haciendo justicia y volviendo de rebote el severo dictamen de Groussac acerca de Menéndez y Pelayo, «muy poco más que el nombre». Groussac se equivocó, sin duda, en la atribución del falso QUIJOTE, como se equivocaron tantos otros. La conjetura de Menéndez y Pelayo, por ejemplo, debe también desecharse. Dentro de la polémica, hay que decir que lo que no atraía hacia Paul Groussac—sobre todo en un mar tan expuesto a las zozobras—era

su inútil jactancia. Ni aun con bases más firmes era éste el lugar indicado para sus agrios juicios sobre la cultura española contemporánea. Y, por desgracia, la polémica extravía a hombres capaces. Además, Menéndez y Pelayo mantuvo en la disputa una actitud menos hostil (aparte de que el ataque surgió de Paul Groussac), y el ardor no le impidió reconocer los méritos del rival («persona de mucha cultura e ingenio, y elegante escritor en francés y en español»; «hombre de positivo mérito literario»). En cambio, Groussac es duro, demasiado duro con el polígrafo santanderino, aunque en ocasiones haga alguna concesión («Marcelino Menéndez y Pelayo, critique de vaste lecture et remarquable écrivain...»).

El prestigio de Paul Groussac y sus servicios a la cultura hispánica en general se apoyan en otros títulos más valederos. En las obras cervantistas de Groussac prevalece el mal humor y la suficiencia, y la razón no estuvo, las más de las veces, de su lado en la polémica.

#### c) RICARDO ROJAS

Con Ricardo Rojas penetramos en una región menos volcánica. Región más sosegada que ha fructificado en dos obras conocidas: la edición de las POESÍAS de Cervantes, auspiciada por la Universidad de La Plata (1916), y el libro CERVANTES, editado en Buenos Aires (1935).

La edición de las POESÍAS lleva un amplio prólogo, en el cual Rojas explica su intento. El trabajo quiere rehabilitar este sector de la obra de Cervantes, por lo común no muy bien apreciado de la crítica. Examina opiniones, se detiene en EL VIAJE DEL PARNASO (punto de partida de infinidad de juicios acerca de la lírica cervantina); explica después el contenido de la edición y la procedencia de los textos que utiliza, etc. Gran parte de este prólogo se reproduce sin mayores variantes en la otra obra de Rojas.

El intento de Ricardo Rojas, bien plausible por cierto, no se mantiene siempre dentro de su designio de hacer justicia a la «obra lírica» de Cervantes. EL VIAJE DEL PARNASO, poema al que tanta importancia concede, no corresponde, en rigor, al género. No hay que exagerar distinciones de géneros literarios, pero sí se pueden objetar cuando se hace mucho hincapié en ellos. Aceptemos, mejor, una justicia hacia Cervantes «poeta en verso»: denominación amplia y más de acuerdo al tema. Además, el examen de diversas poesías de Cervantes dista de subrayar la admiración de

páginas anteriores del prólogo. Y así llegamos—no sin cierta sorpresa—a la *Epístola a Mateo Vázquez*, uno de los buenos ejemplos de la poesía cervantina, cuyos méritos retacea Rojas.

Dejando aparte aspectos personales que explican la elaboración del CERVANTES y que dan resonancia emocional al prólogo y al epílogo del libro, interesa—claro está—la labor crítica. Hay también estrecha relación entre el prólogo y el espíritu que impulsan la edición de las POESÍAS cervantinas y el contenido de la obra que Rojas dedica a CERVANTES en forma integral: como confiesa en el prólogo de esta última y desarrolla en la primera parte—repitiendo conceptos anteriores—su intento fundamental es «aquilatar la significación de Cervantes como poeta». En otras palabras, es la rehabilitación, la reivindicación de la lírica de Cervantes lo que explica con más amplitud los trabajos críticos de Ricardo Rojas. Las tres partes del CERVANTES: «Cervantes, poeta lírico»; «Cervantes, poeta dramático»; y «Cervantes, poeta épico», aspiran a presentar la obra cervantina dentro de una fuerte unidad, sin exclusiones ni olvidos. Por encima de distinciones entre prosa y verso, por encima de diferencias de géneros literarios, brilla la alta poesía. Eso sí, el QUILJOTE, «poema épico», es para Rojas encarnación de la caballería cristiana y el resumen de toda esa obra.

En las tres partes de su libro y en relación al estudio predominante de cada uno de los géneros alinea Ricardo Rojas, como punto de arranque, las noticias biográficas indispensables a su tarea: «En todas sus obras, Cervantes recogió de la vida real los temas que estilizó su fantasía de poeta, y así procedió en el QUILJOTE, amasado de experiencia y de sueños» (16).

Diversas conclusiones del libro de Ricardo Rojas son, ciertamente, discutibles, sobre todo en lo que se refiere al simbolismo del QUILJOTE (Don Quijote, «símbolo heroico del misterio cristiano»); a la primitiva idea cervantina de un QUILJOTE «novela ejemplar» (17); a la excesiva importancia que atribuye a elementos biográficos, y a la rebuscada correspondencia entre la vida y los géneros que cultivó el poeta. La persecución de la tesis que defiende Rojas en su CERVANTES hace que el QUILJOTE «tape» otros frutos notables del ingenio cervantino: las NOVELAS EJEMPLARES y el PERSILES. Las primeras son—para Rojas—«verdaderas novelas», mientras que el QUILJOTE es ya una epopeya, con «mitos y símbolos». El PERSILES es, según las palabras que Rojas pone en el índice, «a la vez extravagante y admirable»; y según se deduce del estudio, más extravagante que admirable.



El afán de simetría y paralelismos es típico del historiador de nuestra literatura. Creo innecesarias, por otra parte, las prolijas alusiones a los «defectos» de la lengua de Cervantes, que, precisamente, no son tantos como se le achacan. Lo que importa es ahondar más en la expresión, en su personalísima poesía.

En fin, superando objeciones, los estudios de Ricardo Rojas quedarán como buenos intentos dentro de los escasos trabajos de volumen que los eruditos argentinos han ofrecido a Cervantes. Empeño amplio, bien documentado, que abarca toda la producción cervantina y que contribuye, en no poca medida, al mejor conocimiento del «Príncipe de los ingenios», entre nosotros. La labor cervantina de Ricardo Rojas es así tributo más reciente y, al mismo tiempo, más sólido que el de Paul Groussac. La admiración a Cervantes y el amor a lo grande de España son las direcciones que marcan el homenaje crítico del autor de EURINDIA.

d) ARTURO MARASSO

Arturo Marasso se suma a los cervantistas argentinos. Base importante de este rumbo en la actividad del humanista argentino es la filiación, ahondada por Marasso, entre el escritor español y Virgilio. Por eso, podríamos decir que el goce virgiliano explica mucho de la pasión cervantista de Marasso. Claro está, no toda, puesto que más tarde ha tratado Marasso otros aspectos cervantinos.

Virgilio, de amplio eco entre los poetas medievales (tal como lo demostró el aún insuperable libro de Comparetti), sobrepasa esa difusión en la época renacentista: «Virgilio es atmósfera poética, enseñanza y perpetua visión moral y estética», dice Marasso (18). Cervantes, de educación e ideales renacentistas, vale decir, preferentemente italianos, entra—como tantos poetas españoles de aquel tiempo—dentro del influjo virgiliano. La minuciosa búsqueda de Marasso se dirige a descubrir «el parentesco espiritual de la ENEIDA y EL INGENIOSO HIDALGO». Pero Marasso extiende también su mirada y apunta posibles fuentes cervantinas en otros clásicos de Grecia y Roma (Séneca el trágico, Horacio, Plinio, Aristófanes, etcétera). Podemos aceptar o no todas las reminiscencias, concomitancias o recreaciones que señala Marasso; con todo, siempre habrá que considerar sus investigaciones vigoroso aporte que contribuye más y más a fijar la verdadera ilustración literaria de Cervantes, bien lejos de aquel «ingenio lego» que hasta hace poco (por

no decir hasta el importante libro de Américo Castro) reproducían innumerables estudios cervantistas.

Para Marasso, el QUIJOTE es obra fuertemente renacentista: en el QUIJOTE de 1605 los ideales y modelos de la antigüedad aparecen con nitidez, pero no con la persistencia con que aparecen en el QUIJOTE de 1615, allí donde «el Don Quijote, caballero andante, se convierte casi íntegramente en el Don Quijote héroe» (19). No ve Marasso en los caballeros medievales el espejo del QUIJOTE de 1615, sino que, por el contrario, lo ve en Hércules y Orfeo. Y en esa segunda parte de la novela (segunda, según las ediciones corrientes) observa «sorprendente paralelismo de ciclos» entre Don Quijote y Sancho, y, a la vez, correspondencia entre aquéllos y pasajes de la ENEIDA.

Además, también Arturo Marasso—como Fors y Groussac—enfila hacia los problemas que aún ofrece el QUIJOTE apócrifo, particularmente el del probable autor de la obra. Su hipótesis nos presenta a Juan Valladares de Valdelomar, oscuro escritor coetáneo a Cervantes, como autor del falso QUIJOTE (20). Marasso ha insistido recientemente en Valladares (21). Las razones, numerosas, son casi siempre vagas y a veces tan sutiles que se nos pierden entre líneas. Los anagramas, demasiado ingeniosos... Sí; no cabe duda que el fervor y la erudición de Marasso necesitan otros elementos más firmes para que reconozcamos en Valladares de Valdelomar al enigmático Fernández de Avellaneda. Quedan mientras tanto esas investigaciones a la espera de nuevos datos que las apuntalen o bien de demostraciones ajenas que las derriben.

La crítica argentina sobre Cervantes no se reduce a los nombres citados. Otros hay, escritores consagrados o conocidos, que han dado sus buenas (aunque más escasas) páginas a la bibliografía: Arturo Giménez Pastor (22), Jorge Luis Borges (23), Carlos Alberto Leumann (24), José Gabriel (25), Angel J. Battistessa (26)... Eso sin olvidar a un erudito español que residió algunos años entre nosotros, autor de importantes estudios concentrados en la Edad de Oro de las letras españolas. Me refiero a Juan Millé y Giménez (27).

De Giménez Pastor recuerdo particularmente, en EL MUNDO DE DON QUIJOTE, su comprensivo análisis de la «locura» del caballero («El acierto vital en la concepción del Quijote está en hacer pasar al pobre iluso su ilusión a través de la realidad del mundo positivo, concertando con sentido profundo el rasgo burlesco de la farsa y el fondo dramático de la decepción conmovedora. En

Don Quijote la locura es un fenómeno de anacrónica exaltación espiritual con levadura radicalmente humana, que se manifiesta con expresión moral de universal sentido por la reacción de un ambiente contradictorio, cuyo espíritu sólo alcanza a ver al loco en el alucinado» (28). Jorge Luis Borges, a la busca siempre de los senderos menos transitados, aunque Cervantes no es—como lo fueron Quevedo y Torres Villarroel—de los más propicios guías para sus incursiones literarias en tal región. José Gabriel (español y argentino, o, mejor, argentino y español) construye sobre el título de una obra que Cervantes prometía en el PERSILES un libro heterogéneo y, al mismo tiempo, candente, combativo. Abundan allí, junto a su visión del autor del QUIJOTE, las alusiones a España (sobre todo, la España de la última guerra civil) y a la Argentina (una Argentina vista con tintas amargas).

Digamos, por último, que las páginas de la «Revista de Filología Hispánica», que dirigiera la mano avizora de Amado Alonso, han recogido valiosos estudios de críticos extranjeros (Américo Castro, Joaquín Casaldueiro, Stephen Gilman), estudios que llegan como renovadoras contribuciones a la bibliografía cervantina.

Emilio Carilla.  
Rivadavia, 244 (Dº C).  
TUCUMÁN (R. Argentina).

#### NOTAS

(1) Adolfo Saldías, *Cervantes y el «Quijote»*. Buenos Aires, 1893, págs. 239 y siguientes.

(2) Adolfo Saldías, *Cervantes y su obra*, en *Páginas políticas*, II, Buenos Aires, 1912, págs. 171-183.

(3) Saldías, *Cervantes y su obra*, pág. 179.

(4) A Adolfo Saldías podría aplicarse—aunque no con igual sentido—la conocida anécdota de Chamfort. Se hablaba de Voltaire en una reunión y un jurisconsulto suizo dijo: «Todo lo sabe; sólo en derecho lo hallo un poco deficiente.» D'Alembert, que estaba allí, agregó por su parte: «Yo también, sólo lo encuentro un poco flojo en geometría.» Adolfo Saldías, que dedicó sus mejores afanes a la labor política (en todos sus aspectos), «ve» en Cervantes, preferentemente, reflejos de la disciplina que más cultivó.

(5) Cf. Luis F. Fors, *Criptografía quijotesca*. La Plata, 1905. Ver, también, Fors, *Vida de Cervantes*, en *El Ingenio Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. La Plata, 1904.

(6) Aparte de su poco feliz *Ensayo de antología cervantina* (Buenos Aires, 1916), publicó un breve trabajo sobre el *Valor docente del «Quijote»* (*Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1916, núms. 32 y 33, págs. 219-225), y otros artículos circunstanciales.

(7) Roberto F. Giusti, *Ricardo Monner Sans*, en *La vida y la obra de Ricardo Monner Sans*. Buenos Aires, 1929, pág. 122.

(8) Paul Groussac y otros, *Ensayo histórico sobre el Tucumán y Memoria descriptiva de la provincia de Tucumán*, págs. 55, 66 y 244.

(9) Paul Groussac, *Un énigme littéraire. Le «Don Quichotte» d'Avellaneda*. París, 1903, pág. 65.

(10) Ver Menéndez y Pelayo, *El «Quijote» apócrifo de Alonso Fernández de Avellaneda*, en *Estudios de crítica histórica y literaria*, I, ed. de Buenos Aires, 1944.

(11) En artículo reciente, Arturo Marasso cree que el *Guzmán de Alfarache* apócrifo animaría al autor del falso *Quijote* a escribir su novela y aun nota cierta relación entre ambas obras. Claro que Marasso no atribuye el falso *Quijote* a Juan Martín, sino a Juan Valladares de Valdelomar, pero agrega: «no fué desatino, sino atisbo, sospechar y aun creer que Sayavedra fuese Avellaneda» (Arturo Marasso, *Sobre el autor del falso «Quijote»*, en *La Nación*, de Buenos Aires, 20 de abril de 1947).

(12) Menéndez y Pelayo, *El «Quijote» apócrifo*, pág. 419.

(13) El ex director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires siguió atacando a Menéndez y Pelayo después de desaparecido éste, y se tratara o no de temas cervantinos. Escritor «clerical» lo llama en su trabajo sobre *El doctor Diego Alcorta* (ver Paul Groussac, *Estudios de historia argentina*. Buenos Aires, 1918, pág. 246. Cf., también, pág. 257).

(14) Paul Groussac, *Cervantes y el «Quijote»*, en *Crítica literaria*. Buenos Aires, 1924, pág. 25.

(15) Groussac, *Cervantes y el «Quijote»*, pág. 28.

(16) Ricardo Rojas, *Cervantes*, Buenos Aires, 1935, pág. 408.

(17) La crítica contemporánea se desentiende cada vez más de ciertas «confesiones» que Cervantes va alineando a lo largo de sus obras, sobre todo cuando esas palabras, escritas en prólogos o en relación a episodios novelescos, no pueden tomarse, seriamente, al pie de la letra.

(18) Arturo Marasso, *Cervantes y Virgilio*. Buenos Aires, 1937, pág. 7.

(19) Arturo Marasso, *Cervantes. La invención del «Quijote»*. Buenos Aires, s. s., pág. 22.

(20) Arturo Marasso, *El autor del falso «Quijote»*, en *La Nación*, de Buenos Aires, 4 de mayo de 1941, reproducido en *Cervantes. La invención del «Quijote»*, págs. 225-236.

(21) Cf. Arturo Marasso, *Sobre el autor del falso «Quijote»*, en *La Nación*, de Buenos Aires, 20 de abril de 1947.

(22) Arturo Giménez Pastor, *El mundo de Don Quijote*, en la revista *Humanidades*, de La Plata, 1927, XV, págs. 147-167.

(23) Jorge Luis Borges, *La conducta novelística de Cervantes*, en *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires, 1928, págs. 139-146; también, su curioso artículo *Pierre Menard, autor del «Quijote»*, en la revista *Sur*, de Buenos Aires, 1939, IX, núm. 56, págs. 7-16.

(24) Carlos Alberto Leumann, artículos recientes sobre Cervantes en *La Prensa*, de Buenos Aires, año 1947.

(25) José Gabriel, *Las semanas del jardín*. Santiago de Chile, 1937.

(26) Angel J. Battistessa, *El pensamiento de Cervantes*, en la revista *Síntesis*, de Buenos Aires, 1927, I, núm. 6, págs. 341-353; íd., *Cervantes y la Contrarreforma*, en *Síntesis*, 1928, I, núm. 10, págs. 53-58 (acotaciones a la obra de Américo Castro que lleva el nombre del primer artículo).

La lista puede, fácilmente, alargarse: Jorge Max Rohde, Ricardo Sáenz Hayes, José A. Oría, Carmelo M. Bonet, José María Monner Sans, Arturo Berenguer Carisomo...

(27) Juan Millé y Giménez, *Estudios de literatura española*, La Plata, 1928 (ver *Los locos y el «Quijote»*, págs. 81-101; *Una nueva interpretación acerca de los «artículos» omitidos por Avellaneda en su «Quijote»*, págs. 151-179); ídem, *Sobre la génesis del «Quijote»*, Barcelona, 1930. Aquí se propone reforzar Millé la hipótesis de Menéndez Pidal, que hace derivar al *Quijote* del *Entremés de los romances* (cf. Menéndez Pidal, *De Cervantes y Lope de Vega*, Buenos Aires, 1940, págs. 7-59).

(28) Giménez Pastor, *El mundo de Don Quijote*, pág. 157.